

DE BUENAS LETRAS

Algo sobre Torrente

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Si empezáramos detallando cifras de recaudación en taquilla de 'Torrente, presidente', caeríamos en algo tan obvio como aburrido. Dos cosas son evidentes. Una, que su creador, Santiago Segura, tiene muy claro que está realizando productos ajenos a cualquier tipo de valoración artística. La otra es que su único objetivo es engordar la taquilla, de similar manera a lo que él mismo ha hecho con la saga 'Padre no hay más que uno', destinada al consumo familiar y en vacaciones. No cabe duda de que Segura es un lince a la hora de confeccionar artefactos que den ganancia. Nunca engaña a nadie.

Pese a las diferencias, la saga de Torrente me evoca inexcusablemente el caso de Mariano Ozores y sus exitosas zumbas erótico-festivas. Los mismos chistes fáciles de barra de bar, similares gracietas chocarreras de cuñado listillo. El Torrente inicial, aquel que proponía, en la intimidad de un coche, 'Vamos a hacernos unas pajillas', es idéntico a este de ahora que aspira, sin pudor, a ser presidente. El personaje de en-

tonces –racista, casoso, homófobo, tan torpe como engreído, egoísta hasta el cansancio y, en suma, transparentemente reaccionario– sigue tan inalterable como su propio atuendo comido de lamparones y arrugas.

Cuando apareció en 1998, muchos críticos lo recibieron con una casi unánime benevolencia. Resaltaron e incluso elogiaron la novedad del fenómeno embadurnándolo con una pátina culturalista, al concebirlo muy erróneamente como una especie de remedo del esperpento. ¡En qué había quedado la sagaz puntería de Valle Inclán! Ahora, a estas alturas de la película (nunca mejor dicho), cuando el «brazo tonto de la ley» entra en política, después de seis entregas de la serie, nos damos cuenta de lo que realmente es y condenamos su seductora zafiedad ideológica. Torrente, ataviado además de su indudable incorrección, solo ha llegado al lugar idóneo que le corresponde. Parece que el personaje ha cobrado vida propia y que va por delante de su creador. Continúa invariable y triunfante. Por el contrario, ha cambiado el momento histórico y cierta percepción crítica.

Lo que siempre me ha llamado la atención, desde que se diera a conocer, es por qué un tipo como este, con todo lo que exhibe, por lo que representa, ha hecho y hace tanta gracia –que maldita la gracia–, alcanzando además la gran aspiración de Mr. Hitchcock: llenar el patio de butacas de manera permanente y abrumadora. Acaso el universo de Torrente sea un reflejo especular –y no deformante, como hubiera hecho don Ramón María– de los tiempos que corren. Acaso sea el vislumbre de otro huevo de serpiente, ante la risa del público.